

Milán, 2.5.1994

Marvel de mis amores:

Me pides que tenga piedad con *El tiempo de las Amazonas* y me pregunto si te das cuenta de que la impiedosa eres tú. ¡Bruja caribe!

Aquí estoy perplejo, achicopalado, con una angustia, metida entre las tripas, en las coyunturas de los huesos húmeros y en los recovecos del cerebro. No da tregua. Mi alma trata, con desesperación, de abrirse paso entre la nube de pajarracos de mal agüero que pueblan tu *Tiempo*. Trato de sacar lucidez —de donde no la tengo— en medio de esa jauría de belvas furiosas que se llaman ¿hombres?. Intento recomponer el indescifrable mapa de decenas de Amazonas sin potros de nácar que ahúllan como si de veras tuvieran en su vientre un animal antiguo y salvaje que berrearía desde el fondo más profundo de ellas mismas... para, al final, darme cuenta que enarbola sus enormes palabras el silencio. Y sobre él prevalece tu palabra palpitante.

Eso sí, te lo digo de corazón: ¿de veras así somos los seres humanos? O ¿será que yo me quedé en el mundo cándido de la ingenuidad, en el estúpido mundo de la bondad, en el limbo de mi ser artista? Marvel, ¡dios mío! Adónde nos llevas por entre las cloacas insondables del desencanto, de la desesperanza y de la furia. De dónde sale este mundo tan veraz del desamor, del desencanto y del derrumbe.

Escrita con soberbia y con garra, esta novela se volverá un dolor de cabeza para sus lectores. Mucho y sin piedad los desnuda frente al espejo de sus propias miserias. Al punto que entrar en ella, la novela, no es para nada fácil, pues de veras se experimenta toda la aberración y miseria de la vida. Amantes, impotencia, depresiones, drogas, desamor, evasión, morbosidad y, al final, psicoanalistas que son la invención más diabólica del hombre de este siglo. ¡Qué desolación! Cuánto dolor, cuánta ira, cuánta amargura camuflada tras los trajes de buenos cortes, los buenos modales burgueses, las mentiras pseudo intelectuales y los maquillajes sofisticados de esa París que se yergue como emblema de cualquier lugar del planeta: la decadencia que narras es tan real que asusta. ¡Qué espanto! Pienso en esos seres que pueblan el libro y me desalienta pensar que estoy vivo. Los meandros por donde te metes y conduces al lector son como el dédalo indescifrable de un mundo que parece fruto sólo de una imaginación profundamente herida.

La hondura que se cela tras una prosa escueta, sin retóricas, artificios o frases en apariencia felices, es implacable. No da tregua. No permite tomar resuello. Bien debo suponer que es del todo intencional el abigarramiento de la narración. Me queda claro que la ausencia de párrafos distanciados es necesidad. No encuentro vicios formales, escritura de manera; Por el contrario realismo crudo y nudo, que intensifica el resultado. Veo pequeños errores. Algunos pasajes bien podrían abreviarse en beneficio de la vivacidad. Ya me permitiré indicarte mis sugerencias que son sólo de lector-cómplice, de lector-fetichista.

Encuentro una gran dificultad en las primeras veinte páginas que son las decisivas para que el lector no la suelte, a ella, la novela. La multitud de personajes y sus intrincadas relaciones no son para lectores poco advertidos. Me propongo, con la segunda lectura —la de de veras, la crítica, la que hago con el bisturí entre manos— hacer un mapa de dicho antropo-zoológico de la Ciudad Luz que aquí irradia sólo tinieblas y horror.

El día que los sordos, los ciegos, los fariseos, los tontos, los impotentes del planeta se apercaten de tus dos novelas, Marvel de mi alma —bien sabes que no hablo barrabazadas y no soy un pintor inculto— se quedarán mudos ante una obra de tal magnitud. Con *El tiempo de las Amazonas* logras restituir, en plenitud, un mundo vivido, no inventado y todas las deformaciones que lo caracterizan. La escritura es vivaz. La estructura espacio/temporal es eficaz. Uno de mis temores es la concatenación voraginosa de hechos y de personajes. No quisiera que la tensión narrativa resintiera por esto. Fuese en mí, aligeraría un poco, en la primera parte, lo ideológico y lo político. Es inútil, me parece, convertirse en curas de la otra capilla. Evidenciar las locuras «revolucionarias» en los años sesentas sí y adónde llevó todo eso también. Pero que quede claro que una cosa eran los «guerrilleros» en París y otra la gente que dio hasta la última sangre, en aras de una utopía. Recuerda que mi generación, de la que soy modesto protagonista, es la del sacrificio, la de los desaparecidos, la del exilio doloroso, la del destierro inútil, la que vivió las feroces dictaduras, la represión y la tortura.

La de los que hoy llaman los «grandes» (Cortázar, Gabo, Mario, Fuentes etc.) fue la de revolucionarios de café que nosotros nunca reconocimos sino en el plano literario. Son hechos también innegables.

Es que me da la impresión de que puedes caer en la retórica recalcitrante de un anticomunismo innecesario. Me refiero a la retórica de Vargas Llosa, de Plinio y de su banda que se han erigido en inquisidores de la otra

parte: la de aquella que les sirvió para saltar a la fama. Además esa fue una generación que jugó al doble juego, nunca se comprometió ni en lo político ni en lo civil —como lo gritan a voz en cuello—; Se limitaron a montarse en el tren de la izquierda y se bajaron cuando les fue cómodo, para convertirse en detentores ansiosos del poder. Y ve tú a mirar dónde andan hoy por hoy: blandiendo las banderas de los barbilindos de M.I.T. y Harvard, hablando de liberismo, democracia y libertad, pero sólo para los privilegiados. Que quede claro que hacer una crítica al «izquierdismo» es necesario, pero no dejes que se te vaya la mano y fatigues al lector con algo que bien conocemos y que los acontecimientos históricos han demostrado solitos.

Por otra parte ten cuidado en no caer en el exceso de citas psicoanalíticas: si los personajes viven ese mundo, pues que lo vivan y que emerja de la narración. No me queda claro —que te quede claro que he hecho sólo una lectura— si el monólogo es el de la voz narrante o el de cada uno de los protagonistas.

Se trata, es claro, de otra cosa bien diferente y diferenciada respecto a *En diciembre*. Sea por el ritmo, que por el registro, en fin... No ha de preocuparte; Demuestras que eres capaz, dosándote, de renovarte como escritora; Hay de todos modos continuidad; Tengo la certeza —olfato de artista— que se trata de una gran obra. De extraordinaria literatura. En el hilo de Ariana de la poética de los mejores escritores del siglo destellarás como un cometa. En la línea de Joyce, Faulkner, Kafka, Wolf, Mann, Lowry, Conrad, Malraux, Larbaux, Rulfo —lo diré a grito entero— Locombia (perdón, Colombia) junto con Rivera ha producido dos grandes escritores: Marvel Moreno y García Márquez lo demás es paja. Y cantidades de buenos escritores: Gómez Valderrama, Andrés Caicedo, Alba Lucía, Pepe Stevenson, Mejía Vallejo, Augusto Pinilla, Luis Fayad, Plinio y tantos otros, la lista sería larga. Mutis quedará con Aurelio Arturo y Rocca, sólo como poeta, no como novelista.

Hace pocos días Plinio me hizo una de sus preguntas de periodista vivaz: doce novelas latinoamericanas del posguerra que te llevarías para siempre. No excité en decir: Pedro Páramo, Gran Sertón, Rayuela, G.M. (El coronel, El Otoño, Del amor), As vidas secas, Paradiso, El siglo de las luces, Marvel Moreno, (¿Huazipongo?) y La ciudad y los perros (Conversación?). Ese continente maldito ha producido buenas y tantas escritoras. Tres grandes: Clarice Lispector, Nélide Piñón y tú. En orden cronológico, no de calidad.

Pero bueno, estas son las impresiones de una primera lectura a las que no tienes que hacerle caso. De todos modos, ¡gracias! por el regalo que le haces al mundo y por privilegiarme en ser uno de tus primeros lectores. Confío en que la vida nos de tiempo para hablar largo sobre la novela o, al menos, me conceda la gracia de sentarme a escribirte una carta seria a este propósito.

Recibe por ahora los besos admirativos y sinceros de